



Isabel Cristina López Díaz*

Tres relatos de adolescencia

Las tres historias de vida que aparecen a continuación surgieron de numerosas conversaciones y momentos compartidos por la autora y las protagonistas de lo que allí se relata, en un programa de acompañamiento y fortalecimiento de capacidades de niñas y adolescentes de diversas procedencias y residentes en la capital. A lo largo de varios meses se encontraron para hablar de sus trayectorias y del momento actual cargado de sueños en un futuro mejor. Como lo muestran los textos, fue un encuentro profundo que permitió a las jóvenes reconocer y expresar los dolores y alegrías como parte de la experiencia vivida y a quien reconstruyó los relatos poner en juego su sensibilidad hacia el universo femenino.

1. Las huellas del desarraigo

Mucho ha hablado ya la psicología del peso del vínculo afectivo en la construcción de la identidad. Arraigarse, adherirse afectivamente a un sujeto adulto se constituye para un niño o niña en fundamento de la calidad de sus interacciones y de las posibilidades de ubicarse, reconocerse y relacionarse con el mundo y consigo mismo.

¿Qué pasa con los niños y las niñas que no construyen ese vínculo afectivo? ¿Con quienes tienen

que crecer de desarraigo en desarraigo, de “hogar” en “hogar”, contando afectos “provisionales”, móviles, reemplazables? ¿Cuál es la imagen propia de alguien a quien simbólicamente nada le ha pertenecido, para quien todo es prestado, ajeno, momentáneo, inestable, totalmente reemplazable?

Pues esa es la historia de Alejandra. Una niña que ha vivido sus 19 años del timbo al tambo; con la intervención de la policía para conseguir que los demás se comporten con ella y que ella se comporte; con una familia siempre pasajera y mutante; con la certeza construida de que ella no es nadie para nadie, porque nunca “es de la familia”. Alejandra creció convencida de que ella es “terrible, cansona, incapaz, grosera, insoportable”; que se busca el trato despectivo y en ocasiones violento que le dan por no saberse comportar... ¡“Yo me lo merezco”!, dice, muy convencida. Parece que no conoce o no sabe usar los posesivos. Siempre se refiere a las personas, las relaciones y las cosas de manera ajena, distante, como se refiere comúnmente la gente a algo que no la toca. Y al escuchar un posesivo referido a lo que a ella le pertenecería -decirle tu mamá, o tu familia- por ejemplo, ella sonríe con desprecio y repite agresiva, ¿mi mamá?, como si pronunciarlo fuera inadmisible.

¿Por qué tendría que haber alguien que me quiera a mí, que me proporcione cercanía y afecto

* Psicopedagoga, Asesora en Políticas Públicas Poblacionales, Infancia y Derechos Humanos.

o me ofrezca ayudas y oportunidades, por qué a mí, habiendo tantas niñas que se portan bien, que son juiciosas, que se lo merecen? Yo no soy nada, todo el mundo me puede dejar tirada. Y me tiran, porque me lo merezco, afirma Alejandra, a menudo con displicencia, cuando se le interroga por sí misma, por sus expectativas de vida, por lo que ha sido su recorrido existencial.

Establecer un diálogo con ella es una verdadera travesía por la niebla, por el silencio. Su tono de voz es bajo, intermitente, lleno de pausas y de gran dificultad en los comienzos. ¿Por qué hablar de ella, de su vida, para qué hablar de alguien que es tan insignificante?, parece preguntar en cada expresión. Alejandra ha aprendido el desinterés y la distancia al relacionarse con los demás. Ha asumido la estrategia de esconderse dentro de ella misma como la mejor posibilidad de salvarse y de salvar de ella a los demás. Es muy difícil que nos deje entrar en su mundo, lo tiene fuertemente custodiado, severamente vigilado, cercado con gestos, silencios y movimientos que a manera de llaves impiden el acercamiento, la calidez, el encuentro. Sin embargo, cuando se deja ver puede ser dulce, necesitada de confianza y de compañía, lo mismo que paradójicamente tanto rechaza.

En las siguientes líneas encontrarán retazos de su relato, de su vida; conmovedores, ilustrativos, terriblemente interpeladores, colocados por segmentos, en un intento de amainar su peso emocional: Muchas preguntas plantean sus palabras, sus historias, sus dramas.

Yo no tengo familia

Yo nací en Girardot, tengo una hermana media; no conocí a mi papá. Alguna vez le pregunté a mi mamá por él y me dijo que está muerto y cada vez que le he preguntado algo más, no ha respondido, ella evita el tema.

Solamente conozco a mi mamá, se llama Marina, pero yo no sé nada de la vida de ella. Me cuentan que cuando nos fuimos para el Huila, yo era muy bebé -tenía sólo dos meses-, ella le pagaba a una familia para que me cuidara, yo no sé qué hacía, pero sí sé que nunca ha tenido un trabajo estable.

¿Familia? Yo sólo conozco como familia el hogar sustituto. Yo no tengo familia. Recuerdo que vivía en una vereda, era una casa con el señor, la señora, dos hijos, unas hijas y yo. Con ellos crecí. La mamá verdadera vivía en otro lado. Ella iba a visitarme, pero no mucho. A ese señor yo le decía papá, estaba muy chiquita...

Mi mamá

La mirada de Alejandra se pierde, repitiendo desde el comienzo del relato: ¡ay, hola, no me acuerdo, es que no me acuerdo de nada! Luego de una larga pausa, reinicia: allá vivía bien, era consentida por ellos; iba a la escuela, pero no alcancé a terminar la primaria, yo era muy rebelde. Ellos fueron buenos y “fueron como mis papás”, afirma Alejandra, como haciendo notar lo positivo de la relación con esos padres. En ese hogar viví hasta más o menos los cinco años; hace rato que no sé de ellos, y continúa pensando, como quien se esfuerza por recordar una película.

¿Por qué te fuiste de su lado?

Porque me tenía que ir, no sé por qué. Yo nunca sabía por qué me iba. Era una orden que había mandado el Instituto Colombiano de Bienestar Familiar -ICBF-. Me sacaron de ahí y me llevaron a otro hogar sustituto en el Huila. Mi mamá no sabía que me habían llevado, yo estaba muy pequeña; la vida era normal, estaba bien pero no feliz, hace notar con mucho interés. Con esa familia duré como tres años; la señora tenía hijos más grandes que yo y era querida... dice con displicencia. El papá era bueno, pero casi no me

relacioné con él porque nunca estaba. Yo iba a la escuela, la señora respondía por mí o sea el ICBF; a veces hacían visitas o yo tenía que ir allá, no sé por qué.

Con mi mamá no me dejaban, ni la dejaban visitarme porque decían que yo con ella corría mucho peligro.

¿Y sabes por qué?

Porque me maltrataba mucho, cuando me dejaban era por unos meses y después venían por mí, con la policía y me tenía que ir.

Es que mire, todo fue por un muchacho: ella es muy afanada, un día yo iba caminando con ella por la calle y como yo no podía caminar más rápido, estaba muy pequeña, ella me halaba y me pegaba muy duro; un muchacho que vio se metió y le dijo, que yo era una niña, que no me pegara, la regañó y le dijo “eso es maltrato”. Y ella se puso muy furiosa y me pegó mucho más.

¡Me pegaba y me pegaba, todos los días me pegaba! Y yo no tenía la culpa. Yo siempre tenía mucho miedo de que me pegara otra vez. A mi hermana, que es mayor que yo, también le pegaba, pero a mí me pegaba mucho más, no sé por qué. Es que yo creo que ella se desquitaba, pero no sé de qué, ni entendía por qué me pegaba. En algunas ocasiones sí, porque a veces yo era grosera y le levantaba la voz, o no le hacía caso. Así que vivía por periodos con ella, hasta que el maltrato hacía que alguien “se la quitara”. Alguna persona ponía una queja anónimamente, yo no sé cómo se enteraban y llegaban y otra vez...

Después me mandaron para un internado, el de las Hermanas; tenía como ocho años. Me dio igual, nunca hacía caso, era muy rebelde, no iba a estudiar, yo no quería ir a estudiar. Era muy grosera con las Hermanas, me daba mucha pereza

y todo me daba igual; no quería hacer nada, mi mente estaba en blanco, nunca pensaba en nada.

Cuando llegué allá entré a la escuela pero porque la Hermana me obligaba, me halaba y me llevaba a la fuerza y yo le hacía pataleta; la escuela estaba al lado. Yo era muy cansona, nunca llevaba tareas, no trabajaba en clase, es que no quería; la maestra llamaba a la Hermana o al rector y me preguntaban qué quería y que por qué hacía eso y Sor me castigaba: me ponía a hacer el aseo o no me dejaba salir. El castigo era lavar las ollas grandes, que eran muchas; tenía que dejarlas como un espejo, que uno se pudiera mirar en ellas. Era terrible; o los sábados que era el mercado, las niñas del internado ayudábamos a picar y a hacer el aseo del preparador (lugar donde colocan y arreglan el mercado). Había que picar y picar, muchas verduras y pelar cebolla... y lloraba, lloraba mucho, dice, por la cebolla claro, bueno y porque estaba muy aburrida.

Mi mamá iba a hacer escándalos, dizque me quería ver. Y las hermanas no me dejaban salir porque el ICBF lo prohibió. Una vez dañó un vidrio de la portería con el puño; yo sentía mucho miedo y deseaba que se fuera, que se fuera rápido.

¿No te hacía falta, no te alegraba que fuera a verte?
Nooo, ¿para qué? Cuando ella llegaba lo único que siempre sentí fue miedo; siempre estaba brava y gritaba; yo no conocí un abrazo de ella. Las otras mamás sustitutas si me consentían y me abrazaban. Las Hermanas también, pero también me castigaban muy duro.

Yo estuve en el internado, pero es que no recuerdo el tiempo. Y de nuevo su mente se va de la sala y divaga... luego de un gesto de incertidumbre continúa: sólo sé que cuando yo estaba en 5° de primaria tenía 10 años y... estoy confusa..., no me acuerdo de casi nada, parece que se me fuera

lo que estoy pensando... ¿por qué será que se me olvida? Antes si me acordaba, reflexiona.

Con gran dificultad para comenzar las palabras vuelve a la idea: me reintegraron con mi mamá, pero no recuerdo mucho. Estuve unos meses con ella y después la policía me recogió, fui a otro hogar sustituto.

A esta altura, las palabras de Alejandra no salen, no le es posible articularlas, repite una y otra vez las primeras sílabas, mira hacia arriba y repite: no me acuerdo, no me acuerdo. Así que fue necesario suspender la conversación, tomar una agüita y esperar, esperar a que las nubes se disolvieran.

Sin yo pedírselo, después de la pausa, y como regresando de un viaje, dice: me devolvieron con mi mamá, llegué a una finca y me tocaba trabajar, tenía que amarrar tabaco. Yo tenía como nueve o diez años. En esa finca vivíamos las dos solas, ella no tenía marido, nunca le conocí un hombre; mi hermana como que ya se había ido de su lado, ella es mayor que yo y también estuvo en internados, ahora vive en Bogotá.

Ella -dice refiriéndose a la mamá- era muy conocida por allá, le decían la mujer maravilla, yo no sé su historia, nunca supe nada de la vida de ella, y como si las palabras le pesaran, bajando notoriamente la voz como si no quisiera que se escuchara, susurra: decían que trabajaba en un burdel y como que nunca tuvo un trabajo fijo, no tenía casa, ni la tiene. Lo único que sé es que la familia es paisa, de Medellín, todos viven allá.

No me mandaba a estudiar, porque decía que yo tenía que trabajar; pero lo que viví en esa finca fue un tiempo corto; recuerdo que un señor que trabajaba allá me molestaba, me decía que si yo

necesitaba plata, me dejara tocar. Me daba mucho miedo y le contaba a ella pero nunca me creyó, decía que eso era una excusa para no ir a trabajar; ese señor me perseguía pero nunca me hizo nada porque no se lo permití, yo era fuerte, rebelde, muy brava, gritaba y nunca me dejé ni tocar.

Bueno, un día nos fuimos al pueblo y cuando nos regresamos como a las 7 de la noche, la policía me estaba buscando. Me quería llevar, otra vez.

¿Por qué?

No sé. Cogimos un bus; la policía sabía que ella tenía que coger ese bus hacia la vereda y entonces lo paró, como si estuvieran haciendo retén; yo iba en la parte de atrás porque ella me dijo que me escondiera. Ella también se ocultó cuando los vio, pero de todas maneras nos descubrieron y nos hicieron bajar; me revisaron y dijeron que me tenía que ir con ellos; yo estaba toda degenerada, descuidada, sucia, muy flaca, porque no comía bien, es que ella no hacía comida, ni cosas buenas sino como comer chatarra. Se puso furiosa, me decía que iba a ir por mí.

Los policías me llevaron de todas maneras, y yo estaba muy contenta, por no quedarme con ella, no me daba miedo irme sola con ellos. Me llevaron al mismo hogar sustituto, donde había estado años atrás; es una familia grande, unida, el esposo es muy buena gente, la señora es un amor, tenía buena relación aunque era muy rebelde; allí duré cinco años más.

Desde esa vez que me llevaron los policías, pasó el tiempo - como un año-, en que yo no supe nada de mi mamá, pero era mucho mejor. Como no sabía a dónde vivía yo, ella iba al ICBF y dejaba cartas en las oficinas; los amenazaba, decía que los iba a matar, que se cuidaran y otras cosas más. Yo nunca sabía dónde se mantenía.

Y ahí empezaron todas las tentaciones

Cuando llegué a esa familia volví a empezar el colegio; terminé la primaria y pasé a bachillerato. Siempre me iba mal, pasaba recuperando, pero a la fuerza; no sé por qué en el colegio se hablaba mucho de mí, tal vez por lo cansona...

Conseguí amigos, hacía muchas cosas, salía mucho, me mantenía en fiestas. Era muy chévere hacer todo eso, era diversión y por eso no respondía al colegio, no iba sino a molestar. Yo sólo pensaba en las farras; iba a campamentos o mejor dicho, a acampar, eso era lo que me encantaba.

¿Que había en los campamento, qué era lo que te gustaba tanto?

Todo, era muy chévere: hacíamos fogata, escalábamos, cantábamos y tomábamos trago. Una vez nos fuimos un grupo grande, dizque a recorrer el país. Éramos 5 mujeres y 6 hombres, todos locos; sólo llevábamos un morral, tres mudas de ropa; caminábamos mucho y dormíamos por ahí, en cualquier parte. Y nos perdimos, fue increíble. Pasamos muchos sustos, preguntábamos y a veces nos daban mal la información, nos decían que estábamos fuera del Huila, lo que era muy raro, porque creo que eso era imposible; finalmente nunca supimos dónde estábamos, eso fue muy chévere. Al final, aunque demorados, llegamos.

¿Ibas con el novio?

Yo no tenía novio. Y en el grupo éramos todos locos pero había mucho respeto.

Comencé a meter vicio, tomaba mucho trago, sobre todo aguardiente; la mamá sustituta estaba toda preocupada, llamaba a la policía y al ICBF, porque tenía que responder por cualquier cosa que me pasara, pero yo nunca pensaba en eso, yo solo me iba a la farra y a pasarla bien. Cuando regresaba ella estaba muy furiosa, no me dejaba salir, me prohibía lo que más me gustara

hacer, además porque en el colegio iba súper mal. Todo el tiempo que viví con ellos, yo seguí igual. Cuando pedía permiso a veces me lo daban, pero sólo para salir con los hermanos de la casa; sola no. Y si no me dejaban salir, yo me escapaba.

A los 16 años, me llevaron a otro hogar sustituto porque no daba resultados. Fue muy duro. No quería dejar a la señora, yo la quería, es que ella me tuvo mucha paciencia... dejarla fue muy horrible.

Me hundí en un mundo bien loco..., en el mal sentido de la palabra: me la pasaba en fiestas, que si no eran con trago y marihuana, para mí no eran fiesta. Unos amigos me ofrecieron, me aseguraron que eso era muy chévere; yo probé, me gustó lo que sentía y me dejé llevar... Consumía marihuana y además tomaba mucho alcohol. Tomaba demasiado, más que todo aguardiente; me emborrachaba terrible, y cuando ya estaba muy borracha no me acordaba de nada. Los demás contaban lo que hacía, que era muy loca, que cuando quería ir al baño no me importaba hacerlo por ahí, y tenían que impedírmelo; que unas veces me reía mucho, y otras veces también lloraba y hacia el ridículo.

Y Alejandra hace una pausa, cierra los ojos y vuelve a irse. Luego de unos minutos, con actitud reflexiva continúa diciendo: ahora pienso en eso, y creo que lo hacía por distraerme, por olvidar, para olvidarme de todo.

¿Qué era lo que querías olvidar?

Mi vida, los problemas, el no tener una familia, el que siempre era como los nómadas, ¿así es que se llaman?, pregunta. Esos que la pasan de un lugar a otro. Y pensaba mucho que cuando estuviera grande yo ¿qué iba a hacer, así sola, sin nadie? Porque el ICBF no lo tiene a uno toda la vida. Eso me daba miedo, yo me encontraba en un callejón sin salida.

¿Y cómo te fue en el otro hogar sustituto?

¡Uffff, fue muy duro! Cuando llegué era muy seria y me mantenía llorando porque me quería ir con la familia anterior y sentía mucha rebeldía. Allí duré como un año y seguía igual; salía, me escapaba, tomaba, todo igual. Pero ella -la nueva mamá- era muy dura; no me castigaba, lo que hacía era avisar al ICBF; ella pensaba que yo era muy complicada, y que aunque hablara conmigo yo iba a seguir igual. Era como si no quisiera meterse conmigo. Además yo no cambiaba. Mientras estuve allí, visitaba a la otra familia pero no pude volver a vivir con ellos.

Un día, muy aburrida, me escapé de ahí, y fui a dar donde una amiga con maletas y todo. Era una amiga del colegio, menor que yo, que aunque era muy chiquita, ya vivía con el marido y tenía un niño. Estuve ahí como tres días y la policía me estaba buscando. Entonces fui al ICBF y me entregué. En ese momento estaba muy confusa, no sabía qué hacer; pensaba: ah...pues me voy con mi mamá..., pero después decía: nooooo. Me sentía perdida, estaba muy mal.

De nuevo me mandaron para el internado, donde las hermanas, otra vez. Muy duro, me mantenía muy aburrida, pero me fui acostumbrando; iba al colegio sólo los sábados, validando; y en la semana estaba en ese hogar muy aburrida. Sor nunca supo que yo consumía alcohol ni drogas. Hubo un tiempo en que ella me dio trabajo respondiendo por la portería del Hogar; me pagaba mensualmente, y me gustó, por la plata. Yo no sentía ganas de estudiar, pero me pusieron unas condiciones y si hacía cualquier cosita me sacaban a donde mi mamá y yo no quería eso. Ella a veces iba, como más calmadita, yo seguía con el miedo, le tengo mucho miedo de que me lleve a la fuerza con ella.

¡Sí, dice aterrada, todavía le tengo mucho miedo! Es que actúa a la fuerza y su fuerza me da

mucho miedo. Me imagino que me jala y me lleva y no puedo hacer nada, ella es muy impulsiva, cuando yo la veo me da mucho miedo.

Un día por haberme ido del trabajo un rato con una amiga que me invitó a ver cosas en internet -también soy adicta a eso-, perdí el trabajo; Sor me dijo que no más, porque ella había perdido la confianza en mí; quedé muy, muy aburrida, otra vez sin mayor cosa qué hacer.

En noviembre de ese año mi hermana -quien hoy tiene 25 años- supo cómo estaba yo y me invitó a Bogotá a pasar navidad con ella. Fue por mí y estuve como 15 días; rápido conseguí amistades negativas, seguí consumiendo, llegaba tarde a la casa, me portaba mal. Ella estaba desesperada conmigo, así que me devolví. Seguí en el hogar con las Hermanas, me volvieron a matricular en un colegio normal y seguí estudiando; perdí el año, el 10° grado. Lo perdí varias veces.

El día del año nuevo apareció la esperanza

¿Cuándo llegaste a Bogotá y a esta casa?

Pues mire: en diciembre de 2012, la directora de una Fundación fue al internado con su familia a pasar el 31 con nosotras. Desde que me vio fue muy especial y querida conmigo. Yo en cambio fui muy antipática, casi ni hablé. Fue una noche bonita: la misa de 12, regalos, las uvas, todo eso. Fuimos con ellos a pasear a San Agustín, con mi mejor amiga que aún está allá. Esa doctora me dijo que me había tomado cariño, que quería ayudarme, que veía algo especial en mí. Yo me decía: ¿en mí, algo especial, pero cómo qué?

La verdad es que no le creí nada. Bueno, es que yo no confío en nadie. Ella ni siquiera me conocía y yo como soy de terrible, mala estudiante y todo eso, qué me iba a ayudar. No, no le creí.

Anoté su teléfono, por curiosidad. Sor me dijo que ella exigía mucho en el estudio y en las notas; más me desanimé porque yo iba perdiendo hasta la conciencia.

Desde ese día siempre he pensado ¿qué es lo que ella ve en mí, por qué se interesa, por qué me ayuda? Por qué me trata tan bien si yo soy tan rebelde y he tenido tantas oportunidades y nunca hago nada?...

En noviembre del año pasado -2014- una hija de la familia en la que viví más tiempo, me ofreció vivir en su casa y pagarme el estudio. Así que me retiré del internado. Sólo iba algunos fines de semana a visitar a mi mejor amiga. La doctora de la Casa Hogar llamó varias veces, pero ya no me encontró. Un día me dejó razón con la Hermana. Algo dentro de mí me dijo, búsquela. Eso fue como un milagro.

La llamé. Me dijo que si quería venirme a la casa de la Fundación, que me iban a apoyar, que yo podía estudiar, porque era una niña con mucho talento y que ella iba a estar siempre a mi lado ayudándome. Yo, sin pensar nada, ahí mismo le dije que sí. Pero después me dije: ¿qué hice?, no, yo estoy loca. Imagínese, tenía que dejar la farra, el alcohol, los amigos, la velocidad y las motos, que desde hacía un tiempo, me encantaban, bueno, dejar todo eso que tenía allá.

Finalmente, puse los pies en la tierra, y le avisé a Luisa, la señora con quien vivía: con todo el dolor del alma, me voy. Y ella me dijo que si era eso lo que yo quería, siempre me iba a apoyar y las puertas quedaban abiertas.

Me vine con la seguridad de no estar más de tres meses. La doctora Clarita me recogió en el terminal, y me llevó a la nueva casa; me dijo que había muchos proyectos y que tenía que ir al colegio.

Nunca pensé que me iba a quedar mucho tiempo, por esta ciudad tan fría y con la gente tan fría y tan terrible también, y sin conocer a nadie. Yo pensaba que esto no era lo mío, además me daba mucho miedo porque yo estaba muy mal preparada y aquí el estudio era más exigente.

¿De qué te daba miedo?

Yo nunca he confiado en mí, yo sé que siempre la embarro y me parecía terrible defraudarla. Yo estaba segura que no podía porque para el estudio, nunca he sido buena y además el colegio no me gusta.

Llegar acá fue muy duro y me puse muy triste. Aunque en esta casa he estado bien, los primeros quince días fueron terribles para mí, estuve súper aburrida. Como a los 3 días ya me quería devolver, estuve a punto de irme con una persona que acababa de conocer; pensaba, esto no es lo mío, estaba desesperada, sólo quería retroceder, pero no se podía, ya estaba aquí, y me tocó.

Efectivamente para las personas que hemos tratado a Alejandra en la Casa Hogar, acercarla ha sido uno de los retos más grandes. Desde un principio sus gestos y actitud expresaban que no quería nada, que nada le gustaba, todo le parecía aburrido y sus respuestas con las profesionales que la abordaban eran de lejanía, desinterés y “mala gana” en lo que se le proponía.

Aún se muestra cerrada, displicente, prevenida, en palabras de ella, “desconfiada y antipática”; pero lo más notorio para su proceso de restauración personal y afectiva es la imagen que de ella misma ha construido; no concibe que se la quiera, no acepta la cercanía, la incomodan las manifestaciones de cariño, no acepta que alguien se relacione con ella desde el reconocimiento, la confianza; siempre está esperando el maltrato, el fracaso, el desencanto y casi que exige a quienes

queremos apoyarla que la alejemos porque ella nos va a fallar, porque -afirma- yo soy “terrible, no me gusta nada, soy cansona” y en consecuencia, “ocuparse de mí, no vale la pena”, “habiendo tantas niñas que sí son buenas, que sí rinden en el estudio y que sí merecen”. “Yo no me merezco nada de lo que hace, de lo que me da”, le asegura a menudo a la doctora que la recibió, quien se ha ocupado amorosamente de ella.

Me dieron un contrato para trabajar en lo administrativo del hogar; eso al principio, me aterró porque era como algo fijo y mire, cuando yo me aburría en los trabajos, siempre me iba y ya.

Después vino el colegio, iba en la noche. Al regreso, para llegar a la casa tenía que pasar por el parque central y ahí siempre había grupos de muchachos fumando marihuana. Sentía el olor, y la necesidad, la ansiedad era terrible, quería quedarme ahí. Era una prueba muy fuerte, porque imagínese, yo antes fumaba frecuentemente. Y me daba mucha rabia porque no podía o no debía... ¡sentía que no iba a ser capaz! Entonces pensaba en la doctora y salía corriendo... corría mucho, sabía que si la embarraba, hasta ahí llegaba. Pero no era por mí, ni por mi bien; no, lo único que me atajaba era la Fundación, nada más.

Es que mire, no es nada fácil salir de eso; allá en el Huila ya había estado con psiquiatras y psicólogos, por el ICBF, en un proceso de rehabilitación pero a mí eso no me servía, yo seguía en las mismas.

Al principio el colegio lo tomé como una obligación, pero no sé por qué me empezó a gustar tanto, si aquí es más exigente que allá. En la casa todas me ayudaban, tenía que trabajar mucho en las materias para ponerme al día; y... sí, comencé a dar muy buenos resultados. Era muy satisfactorio, no lo podía creer, pensaba que estaba

loca, ¡dizque yo iba a estudiar juiciosa! Imagínese, eso no se lo cree nadie.. Si yo tuve muchas oportunidades y no las aproveché, solo esta vez. Efectivamente, Alejandra terminó su bachillerato con muy buenos resultados, recibió su grado de bachiller y nos felicitaron por su rendimiento. Hoy quiere estudiar en la universidad y aunque todo lo que emprende le representa una gran dificultad, quiere comenzar.

¿Y cómo fue que te entusiasmo entrar a la universidad?

No sé, no sé, yo amo la medicina, los hospitales, los quirófanos, pero nunca hice nada para conseguirlo, nunca me creí capaz de hacerlo, siempre lo creí imposible, eso no era para mí.

¿Bueno pero pasaste en la Universidad?

Si. Estoy feliz. Voy a estudiar instrumentación quirúrgica, empezamos en enero, ya me matriculé. Como me fue bien, la Fundación me seguirá apoyando; sigo con el compromiso y tiene que irme bien. Eso me da mucho miedo, pero voy a poder.

¿De qué te da miedo?

De que no sea capaz, de que la embarre, no sé, es que hay muchas tentaciones.

Sí, pero ten siempre presente que no estás sola, aquí todos te vamos a ayudar, y lo vas a lograr.
Sí, yo sé.

¿Qué piensas hoy de la vida, de tu futuro, de ti?

He dado un giro total. Todos los que me conocen, allá en el Huila –es que estuve unos días allá- quedaron aterrados, no lo podían creer.

Ahora, por navidad voy a volver, y sé que va a ser muy difícil. Pero me siento muy bien. Va a ser muy dura la prueba porque de pronto me quiera quedar otra vez...

¿Y no te emociona pensar que dentro de pocos años vas a ir a decirles: miren todo lo que fui capaz de hacer?

Sí, claro. Cuando les conté que pasé en la Universidad, se quedaron aterrados. ¿Y sabe? la señora donde vivía me dijo que estaba muy orgullosa de mí y que cuando quiera ir, vaya que siempre me va a escuchar.

La experiencia en Cachipay, con el retiro (un grupo de niñas de la casa vivieron una experiencia de fortalecimiento personal y espiritual dirigida por el grupo de sacerdotes y misioneros juveniles de la Central de Juventudes del Episcopado), me sirvió mucho, pude ver el mundo de otra manera. Los primeros días fueron terribles, hubo muchos ejercicios, pero después hubo un retiro, solo silencio, y apareció un padre; créame, en sus ojos pude ver a Cristo y me tocó el corazón. A él sí que le pregunté ¿por qué la señora (se refiere a la doctora que la trajo) se había fijado en mí, si no me conocía, por qué me escogió a mí, insistí?

Y él me puso un ejemplo muy bello. Me hizo entender que ella vio algo en mis ojos, que me descubrió, y ahí sí entendí. El me dio una manilla, para que recuerde mis compromisos; la llevo a todos lados. Me dijo que siempre estaría conmigo, yo me comprometí a que siempre caminaremos juntos, no de cuerpo, sino de espíritu.

¿Y qué sueñas para este año?

Primero, la Universidad, aunque me dé mucho miedo, tengo que hacerlo bien. También me gustaría hacer el 2º periodo del retiro. Quiero ser capaz de superar la ansiedad que viví, dejar todo atrás. Y buscar la alegría, eso me dijo el padre. Yo tengo una fuerza principal, que es Dios, y el padre. Cuando estoy triste, miro la manilla y recuerdo sus enseñanzas; y cuando me levanto le doy gracias a Dios.

2. Los quince años de Rosita

Es un ser avanzado espiritualmente, comprende como nadie el significado del perdón y lo mejor es que eso la hace feliz, dice la religiosa, responsable de la Casa Hogar, donde junto a las demás niñas acogidas vive Rosita, una adolescente que en el próximo mes cumplirá sus quince años.

Rosita es una de las quinceañeras a quienes cada año les celebran ese acontecimiento con especial dedicación y belleza. En la cultura nacional esta fecha siempre ha tenido significado, relevancia, y muchas son sus implicaciones en la vida de las niñas; si bien las cosas han cambiado, aún sigue siendo importante y mucho más en los pueblos y para unos grupos sociales más que para otros.

La hermana acostumbra consultar a las cumpleañeras qué prefieren de celebración: para el 2014 les propone una gran fiesta, solemne, elegante, en la que participen sus familias, sus amigos y amigas; o un viaje en grupo a conocer el mar y la bella Cartagena de Indias, a donde no han ido jamás.

Todas ellas quieren un viaje a conocer el mar. Pero hay una a quien en realidad ninguna de las ofertas le interesa. Todo eso debe ser muy bonito, interesante y en grupo mucho más, dice, pero en este momento lo único verdaderamente importante para mí, mi mayor sueño, es conocer al ser que me dio la vida; lo imagino todos los días, se lo pido a Diosito cada minuto y si alguien me quiere dar un regalo, pues yo le pido que me ayude con eso; esa será mi felicidad; después tendré tiempo para ir a Cartagena y para muchas otras cosas, concluye Rosita.

-¿Ya antes habías hecho algo para conocerla, habías intentado buscarla, le preguntaste a alguien?

Yo comencé a pensar en esto como a los 12. Porque una hermana de mi mamá vino a visitarnos

y claro, le pregunté; me dijo cómo era y me habló un poco de ella; después una tarde vino mi nona (la abuela) nos dijo que mi mamá estaba gorda, que estaba bien, y... en un rato corto me habló de ella, pocas palabras más; pero ella... mi mamá, nunca vino.

Después le comenté a mi papá que yo no quería fiestas, ni ropa, ni cosas, ni nada. Que yo lo único que quería el día de mis 15 años para que fuera inolvidable, era conocer a mi mamá –y continúa-: saber cómo es, porque ni en fotos la he visto; quiero darle un abrazo; claro, yo sé que en un abrazo no se van a recuperar tantos años vividos sin ella, ni anécdotas, ni cosas que no se pudieron cumplir, pero el sólo hecho de verla, de saber cómo es, me hará feliz.

Cuando le pedí que me llevara a conocerla, mi papá me contó que él la amaba, pero que sus hijos no la ayudaban, la trataban mal y que por eso se fue. Me dijo que ella era hermosa, “arrecha”, trabajadora y muy entregada, dice Rosita, con fuerza y acento santandereano. Y me lo prometió, me dijo que así fuera lo último que hiciera él me iba a llevar, pero pasó el tiempo y no lo pudo cumplir...

Un día que en el Hogar Sor nos preguntó qué queríamos para los 15 años, yo expresé lo que sentía, le dije: Sor, yo lo único que quiero en esta vida es conocer a mi mamá. Mientras eso no suceda, no quiero nada más. Y ella me prometió que me lo regalaría.

El deseo de Rosita, la manera de expresarlo y su actitud madura y entusiasta, fueron un verdadero imperativo moral para la religiosa, quien como tejiendo una filigrana amorosa se dedicó a conseguir la realización del sueño de la niña.

Hizo llamadas, ubicó familiares, escuchó historias, comparó versiones, pidió orientaciones,

miró mapas y rutas, implicó al padre en el asunto, y luego de versiones, ensayos y errores en la ubicación, concluyó que la mamá de Rosita vivía en un pueblo apartado de la Costa, donde trabajaba como empleada del servicio, en condiciones de pobreza y sin muchos cambios importantes en lo que, podía esperarse, constituiría su vida.

Un día de junio, habló solemnemente con la niña y con su hermana quien también vivía en el Hogar: niñas, prepárense, viajaremos mañana a hacer realidad el sueño de Rosita: conocerán a su mamá.

A la hermana de Rosita el tema no la cautiva, no le interesa realmente, y sólo les sigue la idea, pues “le he escuchado a Rosita mil veces ese mismo cuento”, dice con descuido.

Muy interesada por conocer los motivos del abandono y por conocer otra historia más de dolor de las niñas de quienes me he ocupado, me acerco a Rosita una noche de octubre en el hogar, vísperas de la fiesta de la primera comunión, que también se celebra cada año y a la cual suelen asistir muchas personas del pueblo y de la comunidad, empezando por el señor obispo, las familias, los amigos y amigas de las festejadas.

En medio de ensayos de bailes y canciones, gritaría, afanes, y preparación minuciosa de todos los detalles que harán de la de mañana una fecha espiritual inolvidable, me acerco a Rosita y le hago saber que me encantan las carteleras, los anuncios colocados en la casa y las expresiones que ha publicado por todos sus medios, gritando a los cuatro vientos que este año recibió el mayor de todos los regalos y que ya no pide nada más, porque “por fin, conoció a quien le dio la vida”.

Y le pregunto si quiere contarme por qué es que no conocía a su mamá. ¿Quién es ella, qué fue lo que pasó?

Dulce y espontánea, Rosita comienza su relato con notoria alegría:

Mi mamá vivía en el campo, en un pueblo de Santander. No tuvo educación y era campesina, de una familia muy pobre.

Mi papá la conoció porque vivían cerca e iba a su casa; ella iba a completar 14 años y él tenía 53 y cuatro hijos grandes, sobre todo una hija muy mayor. Trabajaba en la ornamentación y estaba solo pues, con su primera esposa se habían dejado.

Mi nona (la madre del papá), se empeñó en que mi papá se la llevara a vivir con él para que le hiciera las cosas y para que no estuviera solo, que eso no era bueno para un hombre; Insistía mucho y se la llevó un día a la casa cuando él estaba solo; y ahí pasó todo. Así logró que a mi mamá, muy niñita, se la entregaran y comenzara a vivir con él como su mujer.

Pero desde el principio fue muy terrible porque los hijos grandes de mi papá no querían a mi mamá, ella me contó, también otras personas de la familia que conocí, que la trataban muy mal. Sobre todo la mayor, que ya era una mujer, fue la que más se enfureció y se opuso a que él viviera con ella y entonces siempre se la dedicó. Le pegaba, la encerraba, no le daba comida, y tenía que trabajar sin descanso y hacer todo lo que era necesario para tenerlos bien a todos en esa casa tan grande. Mi mamá dice que fueron demasiadas las humillaciones y los golpes que soportó. Sólo había uno de ellos, un hermano, que no la maltrataba y a veces se metía y la defendía.

¿Y tu papá qué hacía, también la maltrataba?

No, yo creo que no, porque él es muy bueno, pero se iba a trabajar todo el día, nunca estaba y nunca sabía de ella. No se enteraba.

Vivieron juntos como cinco o seis años y tuvieron cuatro hijos: primero nació un niño, que dicen que vivía muy descuidado y muy pequeñito sufrió un accidente, se quemó, por lo cual tiene una gran cicatriz en la cara; luego nació otro niño, después una hermana que me lleva dos años y está también aquí en este Hogar, y después nació yo, que soy la menor.

Así que un día, cuando yo todavía no tenía un año, ella se desesperó, no aguantó más y se escapó, se fue y nos dejó botados allá donde mi nona (la abuela paterna). Cuando supo mi papá, nos salió a buscar; ella ya se había ido, sola...

El rostro de Rosita es especialmente bello, sus ojos brillan, comunican una inmensa sensibilidad, todo lo que dice, con tan pocos años y tanta contundencia, muestra un don especial para vivir la vida, para encontrar lo positivo de sus días, un sentido a lo que le sucede. Lo otro, lo doloroso, la carencia, la rabia, no salen, no se ven en sus gestos, en su relato, en su preciosa sonrisa. Sí -pienso- Sor tiene razón, es un ser avanzado.

Canta bellísimo, dice que lo hace desde muy pequeña y que será una cantante famosa; baila, la he visto moviéndose al son de la música, por el gran salón del hogar, con amplitud, con seguridad; se ríe, escucha atenta las indicaciones y disfruta, cómo disfruta del baile; son ya las diez de la noche y avanza sin cansancio porque mañana tiene que hacerlo muy bien, lo mejor, para que todos queden contentos y pasen un buen rato -asegura-.

Todos estos años vivimos los cuatro con él, entre los cinco nos ayudábamos. Él nos hacía todo, nunca nos maltrató, lo normal de un padre, nos regañaba cuando hacíamos cosas mal. Yo lo quiero demasiado. Él me quiere mucho, me tiene un cariño muy sincero.

¿Y qué dice de tu mamá, les ha explicado por qué se fue?

No, él nunca nos contó la historia. Ahora, lo único que nos habla de mi mamá son cosas maravillosas, nos dice: quíeránla, valórenla, y no le guarden ningún rencor. Era inocente, porque ella era una niña y no sabía lo que hacía. Él nunca más ha vivido con otra mujer, siempre la ha querido, dice que mi mamá es solo una y sólo es ella y nadie más.

Hoy, él tiene 72 años, sigue siendo ornamentador, trabaja a domicilio, y siempre se ha encargado de todo lo de sus hijos. Ahora tiene EPOC (enfermedad pulmonar) porque fumaba muchísimo antes, hace muchos años. Ahora estamos solos en una finca que es de la hermana mayor de todos (la que maltrataba a mi mamá), en la Mesa de los Santos.

Pero... ¿cuéntame cómo fue el encuentro, qué te dijo cuando te vio, porque ella no te conocía, o sí? Pues vea, un día, antes de las vacaciones de mitad de año, Sor llamó a mi papá y le dijo que necesitaba que se dispusiera porque “vamos a llevar a Rosita a conocer a su mamá”.

En efecto, el señor siempre tuvo miedo de ese momento, cuenta la religiosa, quien le dijo con claridad: “Usted también le ha prometido ayudarle a que se encuentren, entonces, ¿no cree que debe acompañarnos?”

El señor, notoriamente nervioso -continúa la Hermana- aceptó y el día fijado viajamos a cumplir un compromiso que para mí ha constituido una bella tarea formativa, pues esas son las cosas realmente importantes en la vida y lo más satisfactorio es que -estoy segura- Rosita lo ha entendido así, con mucha bondad y apertura de corazón y sé que esto le va a hacer mucho bien en su proceso.

Viajamos -retoma la niña- en el carro de la Fundación, mi hermana (que le era indiferente conocerla, pero sí quería ir al viaje), mi papá, Sor, el conductor y yo. Salimos muy temprano, porque el viaje es muy largo, hasta un pueblo en el Cesar, ya en la Costa. Mi papá no sabía dónde vivía ella, pero sí sabía cómo llegar al pueblo.

Tuvimos que buscar mucho y dimos vueltas, porque no teníamos seguro dónde era la casa.

Cuando por fin llegamos, la encontramos en un restaurante, donde estaba trabajando de cocinera. A ella la habían advertido que íbamos a ir, que la estábamos buscando.

Primero se bajó Sor y le habló y aunque nos ordenó no bajarnos hasta que ella nos dijera, no me aguanté cuando la vi, sin conocerla, supe que era ella y corrí, quería abrazarla. Fue muy hermoso, la vi, después de 14 años. Me quedé quieta, fría, tenía mucha emoción; la miré y tuvo una reacción muy bonita. Es lo más hermoso que he vivido, lloró mucho, me dijo que me quería, me abrazó, a mi hermana también. Qué día tan bonito.

Sor María Inés cuenta que le dijo: vengo a traerle a sus hijas, para que las conozca y se encuentre con ellas. Rosita es una niña inteligente, juiciosa, buena estudiante, que la necesita y siempre la ha estado esperando; igualmente se lo dije de su hermanita. Hasta ahora nosotras las hemos cuidado, pero de aquí en adelante, ellas tienen que tener mamá, usted debe aprovechar esta oportunidad que le está dando Dios y comportarse como una madre. Y sentí que estábamos en un momento sublime. Todos lloramos, era imposible no hacerlo.

Mi hermana no tuvo ninguna reacción, ella sólo esperó, estuvo callada, la saludó, sí, pero no se emocionó tanto.

Dijo que nos había dejado porque la trataban muy mal, porque era la sirvienta de los hijos mayores de mi papá. Nos contó de sus ofensas; dijo que mi papá no la trataba mal, pero permitía que ellos lo hicieran; que siempre le gritaban que era un estorbo, que se fuera, que no le hiciera más daño a su papá.

También nos dijo que no venía a vernos porque le daba mucho miedo que no la aceptáramos. Que era una “conchudez” venir después de tantos años y pensar que nosotras la íbamos a aceptar como mamá. Pero que sí le hacíamos falta. Y ya después nos dijo que nos fuéramos a la casa de ella a conocer a la otra familia. Que ella llegaba luego porque estaba trabajando y no se podía salir, pero que si la esperábamos, podíamos almorzar allá juntas, imagínese.

¿Y tu papá, qué hizo él, qué le dijo?

Él no se bajó del carro, no se hablaron, sólo nos esperó.

Ya, más tarde estuvimos en su casa. Vive con un señor, son muy pobres; tiene dos hijos más, pero...es que ella tiene como ese gen... porque a mi hermanito Nico, el más grande, que tiene 8 años, también ya lo abandonó, dicen que lo cuida la nona. Vive con el bebé, pero estaba sucio, descuidado, como abandonado.

Siempre nos han dicho que es mejor que las cosas hubieran sido así, porque si estuviéramos allá con ella, tal vez hasta ya estuviéramos embarazadas, no hubiéramos estudiado.

¿Y qué hicieron en su casa, van a volverse a ver? ¿Qué les dijo, qué piensas?

Es que imagínese que yo nací con un don, que heredé de ella porque nadie en la familia de mi papá lo tiene, fue regalo de ella. Yo canto, es lo que más me gusta hacer. Y también bailo, de todo. Entonces ese día Sor le contó que yo canto

muy bien y mi mamá cantó conmigo. Tiene una linda voz, pero le daba pena porque nunca lo hace.

¿Y qué cantaron, ella se sabía la canción que tú querías?

Yo rápido se la enseñé, y sí, cantamos. Fui tan feliz. Si Dios quiere, ella va a venir el 31 de octubre a mis 15 años. Hemos hablado poco por celular, me llamó una vez, pero a mi hermana no; ni tampoco ella ha vuelto a hablar de esto.

-¿Y cómo te has sentido después, qué piensas que va a pasar ahora?

Ahora me siento muy bien, porque sé quién es mi mamá, el ser que me dio la vida; pude conocer mi otra familia; las razones porque se fue y nos dejó; pude aclarar tantas dudas que tenía en la cabeza, y me siento muy bien. Mi papá también quedó feliz... de haber cumplido mi deseo.

Y yo siempre he sentido que no le tengo ningún rencor, que con el solo hecho de habernos dado la vida y de que me recibiera como lo hizo sació todo lo que yo quería, y estoy suficientemente agradecida; si en algún momento yo le puedo ayudar en algo lo haré con mucho gusto.

Mi papá pensaba volver y poder ayudarla, así fuera con un trabajo estable o para que pudiera crecer como persona, pero él se dio cuenta que la cultura de allá es esa y que ella no es responsable. Ella no estudió nunca porque así es la cultura de su pueblo, para las niñas, a los 13 años ya salir embarazada y nada más.

-¿Y cuánto te falta del colegio, qué piensas hacer, qué sueñas?

Estoy en grado 8°. Mi sueño más grande es formar una academia de música y canto porque quiero ayudar a niños que les guste la música y tengan baja situación económica, y que sueñen con ser músicos o bailarines profesionales. Quiero

estudiar música, aprender en instrumento y en voz; espero aprender piano o guitarra y dar conciertos. Amo leer. Me gustan las novelas románticas que saco de la biblioteca del colegio. Me gustan las reflexiones. También compartir con mi hermana, nos queremos mucho, pero nos separaron, ahora ella vive con mi hermana mayor, y me hace mucha falta.

Yo vivo en el hogar entre semana y el fin de semana vivo con mi papá y le ayudo a hacer las cosas de la casa... Mi otro hermano solo trabaja, no está con nosotros.

¿Rosita, tú crees que tienes algo que perdonar, qué piensas que es el perdón?

Si. Tengo que perdonarla a ella y a mi papá. A ella el haberme dejado y no haber compartido los momentos que tuve en la vida; yo era muy inocente y no tuve la culpa. A mi papá por no haberla ayudado como la tuvo que ayudar.

¿Qué es el perdón? dice lentamente... se detiene, mira a su alrededor y afirma: es saber reconciliarse con alguien, darse cuenta de los errores; asumir y ayudar a corregirlos. Es no tener rencores hacia otros y saber controlar la rabia. Hacia mi mamá tuve preguntas, incoherencias, dudas, pero nunca rabia, porque solo con darme la vida, que es tan hermosa, estoy totalmente agradecida. Ante las adversidades hay que sonreír. Y ante todo y para todo UNO TIENE QUE MARCAR LA DIFERENCIA. Eso me enseña mi papá. Soy feliz viviendo con él; me entiende, le cuento lo que me pasa, mis sentimientos, aunque no me deja ir a fiestas, ni tener amigos, sólo los del colegio, y yo soy muy sociable y me gusta interactuar con muchas personas, aprender y divertirme.

3. Y la vida cambió... ¡por fin!

Trabajo y vivo en este hogar afortunadamente, hace seis años. Tengo una hija que ya está grande en el colegio, y un niño pequeñito todavía. A los 17 años, ya embarazada de la niña, me fui a vivir a un pueblo que se llama Rionegro; me fui sin nada, sola, porque el papá de la niña, que estuvo conmigo desde antes de yo cumplir 15, cuando supo que ella iba a nacer se fue y nunca lo volví a ver ni a saber nada de él.

En Rionegro me recibió una hermana mayor que me quiso dar la mano por lo que llegué embarazada; al principio me alojó con mi niña, pero pronto tuve que irme de su casa, pues ella también era muy pobre. Me puse a trabajar cogiendo café y me tocaba vivir en las fincas o en los cultivos donde trabajara.

Después de unos años, en ese pueblo lo conocí a él, al papá de mi bebé. En el pueblo se sabía que pertenecía a las FARC, porque además con su grupo ellos llegaban cada quince días, más o menos, a reunirse por ahí. Yo poco he entendido de esas cosas, pero todos los mirábamos y los distinguíamos.

Ahí poco a poco nos fuimos acercando; andaba sola, trabajando muy duro y cuidando de mi hija, y yo no sé si me quería o no, pero era bueno, no era bravo, y me ayudaba a veces con alguna plata. Yo nunca le vi nada de malo.

Un día se lo llevaron a la cárcel, dijeron que por rebelión y por ayudar a secuestrar a un señor. Cuando eso pasó, yo no entendía nada y ya estaba embarazada de mi segundo hijo.

Entonces, al caer preso él, tuve que irme de ese pueblo y como yo tenía una medio hermana que vivía en la invasión, allá en la loma, en Nueva Colombia, ella me hizo el favor de darme posada en su rancho, por unos días con la niña y el bebé muy pequeñito. Yo iba cada ocho días a verlo, lo tenían en la cárcel de Palo Gordo, la de Santander.

Marta es menudita, morena mestiza; su mirada temerosa y tímida luego de un rato la delata y permite comprender mucho más a fondo su actitud hermética y desconfiada.

¿Y usted dónde nació, dónde está su familia?

Recorre con la mirada la estancia, me mira como asombrada porque a alguien le interese su vida: saber de mí, ¿cómo para qué?, en silencio parece preguntarse. Pero reinicia su relato: Yo nací en San José de Miranda. Mi mamá tuvo 8 hijos, yo estoy como en la mitad, el último se suicidó a los 19; ninguno de nosotros conocimos a los papás, ni tampoco nos dieron el apellido.

Vivíamos en un pueblo aquí en Santander, ¡mi mamá trabajaba mucho!; tenía algunos animales, corderos, y hacía los oficios del campo.

Yo, que me recuerde a los siete años, ya trabajaba, y me dejaban estudiar pero si trabajaba; alcancé a llegar hasta el 4° de primaria y ya nunca más volví a estudiar. Un día mi mamá se murió, yo tenía 11 años y nos quedamos con mis hermanos solos... Ella sí tuvo familia, yo tenía abuela, pero después se murió también; nadie nos ayudaba.

Y entonces ¿qué hicieron?

Nos tocó irnos a vivir a la casa de un señor que nos daba trabajo, pero nos pegaba mucho y después ya abusaba de nosotras, entonces, siempre... era muy duro y fuimos groseros ... no nos dejamos más y nos fuimos, cada uno a donde pudo. Yo cogí camino, muy lejos y me puse a

trabajar. Nunca volví a saber de la finquita de mi mamá porque nunca volví.

A Marta parece que la vida le ha impuesto la obligación de pensar poco en lo que le pasa; pareciera que no comprenderlo ni establecer relaciones entre los sucesos que han constituido su vida, es la fórmula mágica para soportar el abandono y la adversidad. Se comunica con monosílabos y marca con quien la interpela una distancia fría y hasta indiferente.

A los 14 años conocí al papá de mi hija -continúa-, que nació tres años después de andar con él. No la conoció y, hasta hoy, no debe saber nada de ella.

Ya cuando la niña tenía 4 años me fui a trabajar aquí cerquítica de Florida ayudando en un negocio de comidas rápidas. Años después fue que llegué a Rionegro.

Ah sí, allá donde me contaba que conoció al papá de su bebé...

Sí. Como estaba preso, iba a visitarlo todos los domingos. El hacía negocios con drogas, chiquitos, desde la cárcel. Yo le ayudaba, porque él siempre me pedía que lo hiciera y era a escondidas en el patio donde estaba. Mi media hermana, no sabía que yo hacía eso. Yo le llevaba coca, marihuana, pasta, así, pero yo no sabía para qué era eso; una señora de Girón, donde él me mandó, me la daba y yo se la llevaba a la cárcel. Ya después me fui dando cuenta que ayudarle a eso era grave y peligroso y me comenzó el miedo, pero él decía “eso no le pasa nada; desde que a usted no la ‘sapeen’, no la van a pillar”. Yo sólo le hacía caso y por un tiempo no me pasó nada. Hasta que un día... un domingo, cuando estaba haciendo la fila para entrar a verlo, iba llegando a donde estaban los guardias, noté que una señora, mujer de un compañero de la cárcel, que

yo ya conocía, me miraba mucho, y era porque les había informado a los guardias que “yo venía cargada”.

Me cogieron, fue muy duro, y me condenaron a cinco años de cárcel. Se imagina qué iba a ser de mi hija, y el bebé que hacía poco había nacido. Por él me dieron la casa por cárcel y pude seguir allá en la invasión -yo no tenía casa- pero mi hermana ya no me quería recibir.

La mirada de Marta se vuelve a perder en la distancia. Escucharla es como rozar las manos sobre una superficie callosa, como recostarse sobre un terreno árido, reseco, abandonado. Es seria, impenetrable, parecería que se le secaron las lágrimas, de tanto enfrentar sola el desamparo. Cualquiera comprendería que naturalizó la carencia, el maltrato, la ausencia.

Más abajo del rancho donde vivíamos con mi hermana -continúa-, había una señora que yo creo que hacía negocios que le daban plata, yo no sé de qué, pero ella tenía más que todos allí, era muy conocida y mandaba mucho. Esa señora vino y me propuso trabajar para ella a cambio de la comida y algunos pesos; todos los días tenía que irse y yo debía hacer los oficios, hacerle mandados, tenerle de comer y obedecerle en todo. Pues como yo ya tenía que alimentar dos niños me tocaba trabajar porque si no, no comíamos; entonces le acepté y me puse a trabajar para ella.

Desde el comienzo esa señora me trataba muy mal, me pegaba muy duro y al niño también; me humillaba, casi no me daba comida, me encerraba, y lo peor, se me llevaba el niño todo el día y yo nunca supe para dónde ni a qué. Algunos me dijeron que lo ponían en la calle para pedir limosna. La vida era un infierno, sufríamos mucho, también la niña que ya estaba grandecita.

Conmovida por el desamparo que fluye del relato y la mirada de Marta, le pregunto: ¿y usted se dejaba pegar, no se defendía, no llamaba a la policía o a una autoridad, nadie la defendía?

¡Ella era muy fregada yo le tenía mucho miedo! dice, con actitud de niña atemorizada; sus palabras casi no se entienden, casi no fluyen, a veces siento que se las saco a la fuerza.

¡Me amenazaba con llamar al INPEC (Instituto Penitenciario) para que me llevaran a la cárcel y yo de pensar en mi chino, que ya iba para los dos años, nunca hice nada!

Pero un día... sucedió una cosa muy buena. Llegó a la invasión una monjita que habló con mi hermana; le dijo que era de una Fundación que quería ayudar a los pobres y entonces conoció a la niña y cuando supo lo que estábamos viviendo, se la llevó. Ya era mucho el alivio. Me contaron que la internaron en un hogar muy bonito. Sólo la traían el viernes en la tarde y a veces ni me la traían porque la vida allí era muy peligrosa para una niña, que ya tenía nueve años. Yo la veía contenta.

Una vez, en el año 2010, llegó esa señora furiosa y me dio una tunda que casi me mata, me insultó, me arrastró y me dejó el cuerpo lleno de morados, heridas y mucha sangre. Yo no me podía mover. Entonces, una señora de más abajo que vio todo, me dijo que me iba a ayudar. Y efectivamente, se fue y buscó a la monjita y ella ahí mismo se vino a visitarme. Le conté todo; además tenía mucho miedo por el niño que se lo llevaban, yo no sabía para dónde, siempre estaba con hambre, no me lo dejaban ver y también le pegaban muy duro.

Pero, mi Dios es muy grande, ¿sabe? La monjita fue al INPEC, contó lo que sucedía y les pidió un permiso para que me dejaran ir a vivir al

Hogar que ella tenía para las niñas, con el niño, que aunque allá sólo es de niñas, como él era bebé me lo dejaban tener un tiempo mientras yo trabajaba ahí mismo y además, imagínese, podría estar cerca de la niña también.

A la monjita le dieron el permiso, porque por aquí todos conocen y saben lo bueno que es el hogar para las niñas.

Así fue que a los pocos días, cuando la patrona se había ido y ella estaba sola en el rancho, Marta sacó los pocos trapos que tenía, al escondido y sin dejar que se notara, pues si aparecía su carcelera, armaría un problema muy grande, levantó su bebé, y corrió impulsada, loma abajo, hasta un punto donde la hermanita de la Fundación, sigilosa, y muy aprisa, la esperaba en un taxi para llevarla al hogar.

Era muy importante que esa señora no supiera dónde estaba y no me encontrara, yo le tenía mucho miedo; pero ya en la casa con las Hermanitas, no me podía hacer nada, además ya con el permiso de la ley, era muy diferente.

Como por arte de magia, un regalo que me recupera de la tristeza, aparece y llena el ambiente: en el rostro adolorido de Marta se dibuja tímida una sonrisa, lenta, profunda y con calma dice: ¡y la vida cambió, por fin! Desde que vivimos aquí, todos me tratan muy bien, si hasta puedo ir a la misa con las Hermanitas. Era difícil lo del niño, porque esta casa es sólo para niñas, pero la monjita habló con los de allá de Bogotá y una señora muy buena vino aquí; y como el niño estaba tan pequeño, no tenía nadie más que viera por él y estaba en tanto peligro, entonces nos recibieron muy bien y todos me lo quieren mucho. Está juguetón y se porta bien aquí porque tiene donde jugar.

¿Y qué pasó con el papá del niño -le pregunto- volvió a aparecer, no le ayuda?

Es que él se murió; cuando estaba en la cárcel le dio una enfermedad que se llama leucemia y se murió allá y no lo volví a ver. Ni conoció al niño...